

Michel Fize

LOS ADOLESCENTES

ADOLESCENTE, s. Del latín *adolescens* (“que está creciendo”), el término aparece en francés en el siglo XIV. Ya en la antigua Roma suele confundirse con otros términos similares, como “muchacho” o “joven”. De hecho, el adolescente romano, cuya edad va de 17 a 30 años, corresponde más a un joven adulto que a nuestro adolescente moderno. Esta confusión perdura a lo largo del Antiguo Régimen, periodo durante el cual la palabra “adolescente” se usó menos que la de “niño” o “joven”. Al igual que en Roma, sólo designa a los varones, y en los libros de Marot, Villon o La Bruyère se emplea con un sentido despectivo. El adolescente no es más que un “mocosito virgen”, un “novato algo necio”.

La adolescencia corresponde inicialmente al periodo que separa la niñez de la juventud (aproximadamente de los 12 a los 20 años). Esta definición puede considerarse simplista porque asimila la adolescencia a la “crisis de la pubertad”. Una definición más amplia, que surgió a finales del siglo XIX con el desarrollo de la enseñanza secundaria, hace de la adolescencia una verdadera “clase de edad”, crisol de una cultura específica.

El enfoque histórico-sociológico destaca menos “una edad de transición” que un estado social y cultural, menos el “singular” adolescente que el “plural” generacional. Lo que determina su identificación ya no es tanto la pubertad sino los aspectos culturales y sociales. Tomando en cuenta tanto la evolución y la precocidad de la cultura adolescente como el desarrollo de la escolaridad obligatoria y el mayor acceso a los estudios superiores, podemos considerar que la adolescencia comienza con la entrada a esta cultura, es decir, hacia los 10 años aproximadamente, y termina con los años de preparatoria.

)))

Introducción

Todos creemos conocer a los adolescentes. Y nos equivocamos. Esos muchachos y muchachas que designamos con esta palabra cambian permanentemente porque el mundo también está en constante evolución, de modo que los adolescentes de hoy ya no se parecen a los de ayer (excepto en lo que concierne a la pubertad, la cual obedece a inmutables mecanismos biológicos).

Antes que nada, ¿cuántos son? Su número varía en función de las edades elegidas. En Francia, si escogemos el grupo de los de 12 a 20 años, obtenemos el número de siete millones, es decir, 12.5% de la población. Esta edad, que no solamente es biológica sino social, resulta menos definida de lo que parece, por lo que hemos de observar con nuevos ojos este mundo, que tiene muchos aspectos extraños. Invitamos aquí al lector a una verdadera operación de desciframiento.

Si bien los adolescentes actuales disponen de su propio lenguaje, de su propia realidad cultural, de sus códigos indumentarios específicos, su mundo resulta difícil de aprehender. Nos hacemos muchas preguntas acerca de ellos. ¿Con quiénes tratan? ¿Ya han hecho el amor? ¿Se emborrachan, fuman marihuana, se “revientan” en unas *rave parties*? ¿Son violentos? ¿En qué creen todavía, inmersos en una sociedad que ya no cree en nada? ¿Les gusta el dinero? y ¿qué hacen con él? A falta de respuestas a todas estas preguntas solemos tener ideas preconcebidas.

De hecho, la adolescencia se presta a interpretaciones variadas, concurrentes, a veces contradictorias. Basándonos en los numerosos datos disponibles, procuraremos enfocar el tema de la manera más completa posible. Historia, psicología, antropología, medicina, sociología... todas estas disciplinas tienen que ver con la adolescencia. Sin embargo, ninguna podría por sí sola decir toda la verdad sobre esta compleja edad de la vida. Como lo diría el profesor Jeammet: “Por el contrario, cada una de ellas se sitúa en contrapunto y no en oposición con las demás”.

En efecto, nuestra percepción de la adolescencia no remite tanto a una realidad inasible, sino al campo más confuso de las representaciones: idealización para unos, reprobación para otros. Al fin y al cabo, ¿no será la adolescencia el espejo de lo que ya no somos, el territorio de nuestra nostalgia?

El miedo y la fragilidad predominan en estas representaciones. Por consiguiente, la sociedad sólo mira a la adolescencia a través de sus dificultades y sufrimientos, su despreocupación y su inconsciencia. De ahí su “medicalización” a ultranza.

Se dice toda clase de cosas sobre los adolescentes: que están bien consigo mismos pero mal con su vida (o viceversa), bien en su familia

pero no muy felices en la escuela (o a veces lo contrario). También ellos dicen cosas sobre sí mismos, a menudo las mismas o algunas otras: que se llevan bien con sus pares, que tienen confianza en el futuro, etcétera.

Independientemente de lo que se dice de ellos, se les suele presentar -sobre todo a los más jóvenes y sobre todo en los medios de comunicación- como “unos delincuentes, unos holgazanes”. ¿Acaso no se les califica de cínicos, violentos, superficiales? ¿Acaso no se les reprocha el sólo pensar en divertirse, salir, escuchar música? Lo cierto es que nos preocupamos por ellos o a causa de ellos. Se les ordena que dejen de tomar, que dejen de fumar, que usen preservativo, a veces con tanta torpeza que se vuelve una incitación a hacer todo lo contrario.

Así es como desde hace muchos años decenas de libros analizan detalladamente las conductas de los adolescentes, los peligros a los que están expuestos y a veces confrontados. Hay un sinnúmero de obras escritas por psicoanalistas, psiquiatras, pediatras y psicoterapeutas que nos explican cuán frágil es el adolescente, cuán propicia es esta edad para los “problemas” y, por consiguiente, cuán necesario es que los padres, los profesores y las instituciones estén atentos a estos peligros y vigilen estas conductas. Semejantes representaciones son tanto más poderosas cuanto que los mismos adolescentes interiorizan “de buena gana” este discurso negativo sobre ellos. ¿Se dice que están en “crisis”? El que así sea lo mostrarán en el momento oportuno: serán violentos e inmaduros si llega el caso.

En resumen, los adolescentes son objeto de toda clase de (malos) comentarios. Pero ¿con qué derecho solemos llamarlos “nuestros” adolescentes? ¿Este adjetivo posesivo no será, para los adultos, una manera de apropiarnos de esta edad que podría escapársenos?

No se trata aquí de alabar los méritos de los adolescentes (en efecto, semejante proyecto no sería muy científico), sino simplemente de hacerles justicia. Ni referencia, ni deferencia: éste será nuestro propósito. Los adolescentes no son “mejores” que los adultos; incluso pueden resultar peores... como cualquiera.



I. El adolescente frente a sí mismo

La adolescencia es la pubertad

Sigo llamándole infancia, a falta de un término adecuado para expresarlo, porque esta edad se acerca a la adolescencia sin ser aún la de la pubertad.

ROUSSEAU, *Emilio*, 1762

Según la idea comúnmente admitida, la adolescencia siempre ha existido. Primero porque la palabra es muy antigua. En efecto, fue utilizada desde la Antigüedad por numerosos autores grecolatinos. Por Platón en los diálogos socráticos, *El banquete* y *La república*, por Ovidio en el *Arte de amar*; por Plauto en *Los prisioneros*, por Cicerón en las *Tusculanas* o *De senectute...* Sin embargo, el adolescente (tanto la palabra como el “referente”) no se impone sino hasta la segunda mitad del siglo XIX. También empieza a tener una connotación más negativa. Existe un creciente recelo ante esta mutación que vuelve al individuo peligroso para sí mismo y para los demás. Médicos, juristas y magistrados hacen de esta metamorfosis el origen de todos los peligros. La sexualidad que alcanza su madurez preocupa a unos y otros.

La adolescencia siempre ha debido existir ya que la pubertad, ciertamente, siempre ha existido y en todas partes. Desde este punto de vista, adolescencia es sinónimo de pubertad. Cuando menos, ésta es la definición más usual. Heredada de la medicina y de la biología, esta definición remite a las modificaciones corporales (se habla entonces de pubertad física) pero también -con las aportaciones de la psicología- a los mecanismos de maduración psíquica y afectiva (se habla en este caso de pubertad mental). Cuerpo nuevo, mente nueva, es el “segundo nacimiento” del que habla Rousseau.

Volvemos a encontrar la confusión entre adolescencia y pubertad en la obra de Freud, quien, cabe recordarlo, se interesó poco en esta edad de la vida, a la que sólo trata específicamente en el tercero de sus *Tres ensayos para una teoría sexual* (1905), en el que hace algunas consideraciones sobre “las metamorfosis de la pubertad”.

Esta confusión no ha desaparecido con el tiempo, pues sigue vigente para la mayoría, por no decir la totalidad, de los psicólogos, psicoanalistas, psiquiatras, psicoterapeutas. Según estos especialistas, la adolescencia equivaldría al “fenómeno de la pubertad”, en sus

dimensiones fisiológicas y psíquicas... no obstante con algunas divergencias cuando se trata de determinar si las transformaciones corporales preceden o no a las mutaciones psíquicas (los psicoanalistas tienden a contestar afirmativamente).

Sin embargo, esta definición de la adolescencia es “incompleta” e incluso “inexacta”. Lo que decía Heidegger del hombre se puede aplicar aquí al adolescente: “Es un ser tan complejo, tan polimorfo y tan diverso que siempre escapa en algún aspecto a toda definición. Sus facetas son demasiado numerosas” (*Kant y el problema de la metafísica*, 1929). La adolescencia no solamente es ese proceso vital que llamamos pubertad (con sus dos vertientes, biológica y psíquica), sino también un estado social y cultural, caracterizado por una nueva relación con el mundo y con los demás, por nuevos modos de vida entre semejantes.

De modo que la adolescencia resulta ser, según la acertada expresión de Marcel Mauss, “un hecho social total”. La relación dialéctica entre desarrollo individual y desarrollo social, que Erikson puso en evidencia en su tiempo, vuelve necesaria, para la comprensión del fenómeno, la contribución de todas las disciplinas: historia, psicología, etnología, sociología. No se podría prescindir de sus aportaciones, a riesgo de equivocarse.

La adolescencia es también un hecho desvirtuado por los prejuicios. Un hecho complejo, por cierto. Con ella nos encontramos en la encrucijada entre lo social y lo individual, la naturaleza y la cultura, lo fisiológico y lo simbólico. De tal suerte que ninguna definición puede por sí sola dar cuenta de esta complejidad. Por consiguiente, ningún especialista podría pretender detentar el monopolio del conocimiento del corazón y de la mente adolescentes. En efecto, la adolescencia es algo tan plural como singular y, como no tardaremos en verlo, genera tantas aspiraciones como preocupaciones.

Así pues, la adolescencia no es un estado natural de la existencia, sino una construcción social. Es la verdadera nueva edad de la vida, más que la juventud. Bajo el Antiguo Régimen, esta juventud que incluye, según los historiadores, a los que tienen entre 18 y 25 años, estaba organizada muy oficialmente de diferentes formas: cofradías, “abadías de juventud”, “bachillerías”, entre otras. En cambio, en aquel entonces no había adolescentes. Como lo demostró Philippe Ariès en *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime* (1960), el mundo laboral absorbía a los niños demasiado temprano como para que pudieran conocer este periodo intermedio “entre dos edades”; se volvían adultos sin ninguna transición. Unos adultos precoces, en suma. De tal suerte que el intermedio, la adolescencia, no tenía razón de ser. De hecho, sigue ocurriendo lo mismo en las sociedades tradicionales en las que el niño, a veces desde antes de la pubertad, llega a engrosar las filas de los trabajadores adultos.

La adolescencia es, pues, el producto de condiciones y circunstancias sociales determinadas. El surgimiento de una edad adolescente data en realidad de finales del siglo XIX, con el desarrollo de la enseñanza secundaria. Al “encerrar” a sus hijos en el colegio para controlarlos mejor y al mismo tiempo alejarlos de su poder político y económico, la burguesía inventa una verdadera “nueva edad de la vida”. Agrupados ya por edades y por uniformes, esos muchachos (las muchachas los alcanzarán mucho más tarde) se crean solidaridades, se forjan una primera conciencia de generación, lo cual no deja de inquietar a esta misma burguesía, que se apresura a confiar a la psicología la tarea de organizar la pedagogía, y a los movimientos de juventud la de encauzar a esos adolescentes turbulentos que podrían verse tentados por una vida desordenada o azarosa.

Habrá que esperar a los años sesenta y a la masificación escolar para que esta adolescencia -que estaba reservada a unos cuantos (los jóvenes burgueses)- se convierta en una adolescencia para todos: chicos y chicas (con el desarrollo conjunto de los establecimientos escolares mixtos). El surgimiento, y luego la propagación de una cultura específica de esta edad (de inspiración estadounidense), van a reforzar el sentimiento de pertenencia a esta “nueva clase de edad” que Edgar Morin evoca en sus análisis. El *rock and roll*, el cine americano, el de James Dean y Marlon Brando, el yeyé y los “camisas negras” en Francia caracterizan entonces a este nuevo mundo.

Ha transcurrido medio siglo desde aquel entonces. Los adolescentes, cada vez más numerosos, están más inmersos que nunca en su mundo, el cual se enriqueció y se diversificó. Hoy conforman todo un grupo social con sus valores y sus usos compartidos.